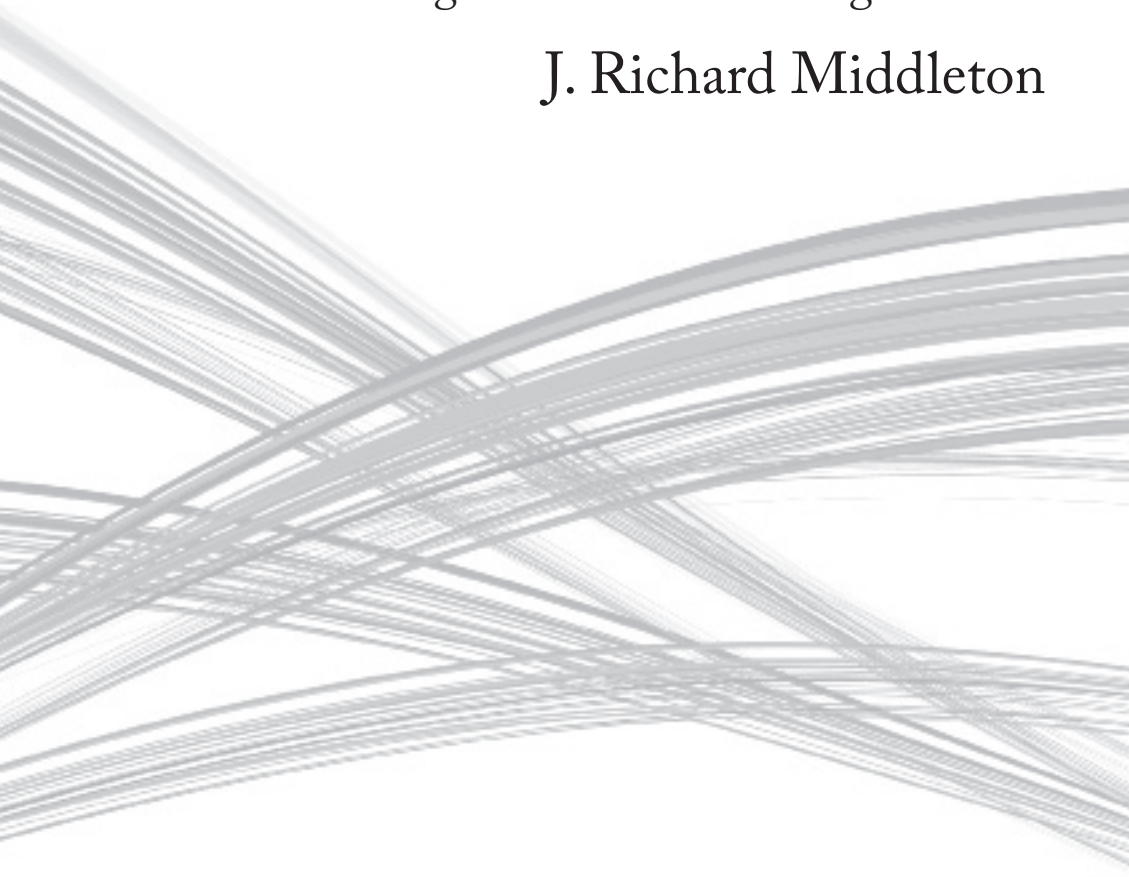


# Un cielo nuevo y una tierra nueva

Regresando a la escatología bíblica

J. Richard Middleton



Biblioteca  
José M. Martínez

Colabora en esta edición:



**Centro Evangélico  
de Estudios Bíblicos de Barcelona**

[www.ceebs.org.es](http://www.ceebs.org.es)

**PUBLICACIONES ANDAMIO**

c/ Alts Forns nº 68, sòt. 1º,  
08038 Barcelona. España

Tel. (+34) 93 432 25 23

[editorial@publicacionesandamio.com](mailto:editorial@publicacionesandamio.com)

[www.publicacionesandamio.com](http://www.publicacionesandamio.com)

Publicaciones Andamio es la editorial de los Grupos Bíblicos Unidos en España, que a su vez es miembro del movimiento estudiantil evangélico a nivel internacional (IFES), cuya misión es hacer discípulos y promover el testimonio de Jesús en los institutos, facultades y centros de trabajo.

**Un cielo nuevo y una tierra nueva**

© Publicaciones Andamio, 2018

1ª edición abril 2018

*A New Heaven and a New Earth*

© J. Richard Middleton, 2014

Todos los derechos reservados. Esta traducción de *A New Heaven and a New Earth* publicada primeramente en 2014 se publica con el permiso de Baker Academic, una división de Baker Publishing Group, Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización de los editores.

Traducción: Loida Viegas

Diseño de colección: Coated Studio

Maquetación: Sonia Martínez

Depósito Legal: B-30256-2017

ISBN: 978-84-947907-3-7

Imprenta: Ulzama


Impreso en España

# Índice

<b>Presentación de la Biblioteca de José María Martínez</b>	13
<b>Prefacio:</b> Cómo acabé escribiendo este libro	15
1. Introducción: el problema de la esperanza mística	25
<b>Parte 1 De la creación al escatón</b>	
2. ¿Por qué estamos aquí? El llamamiento sagrado de ser humanos	41
3. La trama del relato bíblico	61
<b>Parte 2 Salvación integral en el Antiguo Testamento</b>	
4. El éxodo como paradigma de la salvación	83
5. Prosperidad terrenal en la ley, la sabiduría y la profecía	103
6. La venida de Dios en juicio y salvación	119
<b>Parte 3 La visión del Nuevo Testamento de la renovación cósmica</b>	
7. La resurrección y la restauración del dominio	143
8. La redención de todas las cosas	169
<b>Parte 4 Textos problemáticos para la escatología integral</b>	
9. ¿Destrucción cósmica en el retorno de Cristo?	193
10. El papel del cielo en la escatología bíblica	227
<b>Parte 5 La ética del reino</b>	
11. Las buenas nuevas en Nazaret	257
12. El desafío del reino	281
<b>Apéndice:</b> ¿Qué ha pasado con la nueva tierra?	303
<b>Notas</b>	327

CAPÍTULO 2

¿Por qué estamos aquí?  
El llamamiento sagrado  
de ser humanos

An abstract graphic consisting of numerous overlapping, curved lines in various shades of gray, creating a sense of depth and movement. The lines are most prominent in the lower half of the page, where they form a complex, layered pattern that suggests a path or a journey.

El mejor lugar para empezar es por el principio.

En la película *La princesa prometida*, después de que Fezzik el gigante encuentra a Íñigo el español en el Bosque de los Ladrones, este explica que Vizzini, el líder del trío, siempre volvía al principio cuando el trabajo no salía bien. “Bien, aquí es donde conseguimos el trabajo, por tanto, es el principio. Y me quedo hasta que venga Vizzini”.

Vivimos en medio de un mundo caído, una realidad rota, donde el “trabajo” ha salido claramente mal. Para entender cómo llegamos hasta aquí y cuáles deben ser nuestros siguientes pasos, debemos volver al principio, a los propósitos creadores de Dios para el mundo. Pronto, en el capítulo 3, exploraremos toda la extensión de la historia bíblica desde la creación hasta el escatón, observando específicamente cómo un entendimiento de la trama aporta coherencia a la obra de creación y salvación de Dios. Pero antes, en el capítulo presente, examinaremos el principio de la asombrosa historia de Dios con el mundo, que clarifica el sentido y el propósito de nuestra vida como seres humanos; y también veremos cómo se torcieron las cosas –cómo “perdimos el norte”, para emplear una expresión española más apropiada. No solo hemos perdido el norte en el sentido existencial de habernos salido de nuestro camino, apartándonos así de los propósitos originales de Dios, sino también en el sentido conceptual de no entender frecuentemente la lógica interior de la historia bíblica.

## Leer la Biblia como una narración

Aunque hay muchos componentes en una buena historia, la trama es el más básico. La noción de trama es realmente bastante simple: se trata de algo que va mal y se repara. Remontándonos a Aristóteles, encontramos reflexiones sobre la naturaleza de la trama en términos de los dos movimientos de “atar” (o “entrelazamiento”) y “soltar”.<sup>1</sup> Frecuentemente llamamos a esto “tensión/complicación narrativa” y “resolución narrativa”. Resulta fácil, por tanto, ver que la historia de la Biblia acerca del pecado y la redención constituye los rudimentos de una trama.

La trama de la historia bíblica puede resumirse como *creación-caída-redención* (en ocasiones, con el añadido de la *consumación*). Esto indica un movimiento desde los propósitos originales de Dios para el mundo, a través de un problema fundamental que evita que los mismos se materialicen, hasta una reparación o solución del problema (con el resultado de que los propósitos de Dios llegan finalmente a buen término).<sup>2</sup> Aunque muchos

cristianos hablarían bien de este marco básico, este no funciona siempre como una guía para leer realmente la Biblia. No solo es fácil perderse, incluso sentirse abrumado, en la inmensidad de detalles existentes en las Escrituras, sino que el movimiento de reparación (que llamamos “redención” o “salvación”) tiende a ser el centro de atención de nuestro interés como lectores de la Biblia. Y este movimiento redentor ocupa, sin duda, la mayor parte de las páginas de la Biblia. El resultado es que muchos lectores de las Escrituras tienden a pasar por alto la estructura general de la trama bíblica (específicamente, su fundamentación en la creación). Pero a no ser que tengamos un entendimiento correcto del estado inicial (creación) y de la naturaleza del problema (caída), malinterpretaremos sistemáticamente la naturaleza de esta reparación (redención) –y por tanto la naturaleza del cumplimiento final de los propósitos de Dios. De hecho, será difícil verlo como una reparación, como cuando se arregla algo que ha salido mal.<sup>3</sup>

Este capítulo se dedica, por tanto, a clarificar el movimiento inicial de la historia (creación) con el fin de entender mejor el propósito original de Dios para la humanidad (por qué estamos aquí) y todo el orden creado. Esto dará sentido al propio retrato de la Biblia de lo que salió mal.<sup>4</sup> Sin una comprensión clara del propósito y el objetivo de la vida terrenal (incluyendo cómo se escapó de las manos ese propósito), estaremos a merced de nociones no bíblicas de la salvación y la escatología. Pero con una comprensión rigurosa del propósito humano original (y su distorsión por el pecado), en los capítulos siguientes dispondremos de una posición sólida para esbozar los principales movimientos redentores de la trama bíblica, cuyo objetivo es restaurar a los seres humanos al cumplimiento de su propósito terrenal.

## **¿Creados para adorar a Dios?**

¿Cuál es entonces ese propósito? ¿Por qué estamos aquí? Cuando volvemos al principio de la Biblia, queda claro que Dios crea la raza humana con una vocación terrenal. En Génesis 1:26-28 la tarea humana comisionada por Dios se representa como el dominio de los animales y el sometimiento de la tierra, mientras que en Génesis 2:15, se describe como trabajar y proteger el huerto. Y Salmo 8:5-8 (aunque no está al principio de la Biblia) nos dice que Dios hizo a los humanos para dominar las obras de sus manos y ha puesto “todas las cosas” bajo sus pies, con diversas formas de vida animal presentadas como ejemplos. En todos estos textos de la creación, el movimiento es lo que podríamos llamar “misional” –de Dios hacia la

tierra a través de los humanos. La tarea humana fundamental se concibe en términos bastante mundanos como el ejercicio responsable de poder en nombre de Dios sobre nuestro entorno terrenal.

Sin embargo, en las tradiciones populares cristianas, es casi axiomático que los humanos fueron creados para adorar a Dios. ¿Cuántas veces han oído los feligreses esta idea común desde el púlpito (o la han cantado desde los bancos)? Así pues, en ocasiones resulta chocante para los lectores de la Biblia darse cuenta de que el propósito inicial y la razón de ser de la humanidad nunca se retratan explícitamente en las Escrituras como la adoración de Dios (o cualquier cosa que se conformaría a nuestra noción de lo “espiritual”, con sus categorías dualísticas). Esto, por supuesto, no significa que no debemos adorar a Dios. Más bien, lo que necesitamos es una redefinición de “adoración”.

Ante todo, no deberíamos reducir la adoración humana de Dios a expresiones de alabanza verbales, cargadas emocionalmente (que es lo que habitualmente queremos decir con el término). En su lugar, nuestra adoración consiste en todo lo que hacemos.<sup>5</sup> Esto se ilustra bien en Romanos 12:1-2, donde Pablo toma prestado el lenguaje del sacrificio y la liturgia del culto en el templo de Israel con el fin de describir la obediencia corporal total (que él dice es nuestra verdadera adoración).<sup>6</sup> Además, la adoración, cuando se entiende correctamente, no es específica de los humanos. En su lugar, todas las criaturas del cielo y la tierra son llamadas a adorar a Dios.

Esta adoración cósmica es el tema del Salmo 148. “Alabad al SEÑOR desde los cielos”, leemos en el versículo 1. Y seguidamente tenemos un catálogo de criaturas celestiales (vv. 1-4) llamadas a adorar a Dios, incluyendo a las huestes angélicas, todos los cuerpos celestiales (el sol, la luna, las estrellas) y los cielos más elevados, comprendiendo las aguas sobre estos. Pero no solo las criaturas celestiales son llamadas a adorar a Dios. “Alabad al SEÑOR desde la tierra”, leemos en el versículo 7. Y después sigue un catálogo de criaturas terrenales (vv. 7-12), englobando a los monstruos marinos, los profundos océanos, y los fenómenos meteorológicos (relámpagos, granizo, nieve, viento), seguidos por montañas, árboles, animales y aves, y (finalmente) humanos (vv. 11-12).<sup>7</sup> Es significativo que los humanos sean solo una de las muchas series de criaturas llamadas a adorar a Dios. De hecho, los humanos únicamente se mencionan en dos de los once versículos (vv. 1-4, 6-12) que llaman a las criaturas celestiales y terrenales de Dios a adorarlos.

Si miramos los textos bíblicos que se ocupan explícitamente de la creación y el propósito de los seres humanos –como Génesis 1–2, o Salmo 8, o incluso Salmo 104– ninguno de ellos dice que somos creados para “adorar” a Dios. Francamente, eso no sería exclusivo o distintivo de los humanos. Pensamos que la adoración es exclusiva de los humanos solo porque hemos interiorizado una visión del mundo antropocéntrica –centrada en los humanos. En la visión bíblica del mundo, las montañas y las estrellas adoran a Dios del mismo modo que lo hacen los humanos. Esto puede parecer una proposición estrafalaria para los oídos contemporáneos, pero es una consecuencia lógica del Salmo 148 (y otros textos bíblicos también).<sup>8</sup>

¿Cómo adoran a Dios las montañas y las estrellas? Sin duda, no verbalmente o con emociones. En su lugar, las montañas lo hacen simplemente siendo montañas, cubiertas con vegetación frondosa y riscos escarpados o glaciares, dependiendo de su altitud. Y las estrellas lo hacen siendo estrellas, ardiendo con energía nuclear según sus tamaños y ciclos vitales, desde las que son como nuestro sol hasta las gigantes rojas, las enanas blancas, los pulsares y los agujeros negros.

Si las montañas adoran a Dios siendo montañas y las estrellas lo hacen siendo estrellas, ¿cómo adoran los humanos a Dios? Siendo humanos, en la gloria plena de lo que eso significa. La Biblia nos dice que los humanos somos seres culturales, no definidos por nuestra adoración, porque la adoración es lo que define a la creación (todas las criaturas son llamadas a adorar). Sin embargo, la criatura humana es hecha para adorar a Dios de una forma distintiva: interactuando con la tierra, utilizando nuestro poder dado por Dios para transformar nuestro entorno terrenal en un mundo complejo (un mundo sociocultural) que glorifique a nuestro creador.

## **El llamamiento cultural humano como *Imago Dei***

Como los antropólogos saben, la base de toda cultura es la *agricultura*. No podríamos desarrollar el tipo de culturas complejas que tenemos hoy –con ciudades, gobiernos, tecnología, arte, ciencia, e instituciones académicas– si no encontráramos primero una forma de producir suficientes alimentos para las personas. Los cazadores y recolectores solo pueden mantener una cultura rudimentaria. Con el fin de desarrollar cualquier forma de orden social complejo, las personas deben ser capaces de asentarse en alguna parte y tener una fuente fiable de suministro de alimentos. Esto da sentido al huerto del Edén como entorno humano original en Génesis



2. La exhortación de Dios a los primeros humanos a comer libremente de los árboles del huerto (Génesis 2:16) indica claramente que este tiene el propósito de proveer alimentos para las necesidades humanas.

Paradójicamente, sin embargo, el propio huerto necesita humanos. Génesis 2 explica que Dios pospuso la plantación del huerto hasta que hubiera una fuente de agua (vv. 5a, 6), algo lógico porque las plantas necesitan agua para poder crecer; sin embargo, Dios también lo hizo hasta que hubiera un humano que lo trabajara (vv. 5b, 7-8). Esto indica que el huerto de Génesis 2 no es simplemente un fenómeno “natural”, sino más bien un proyecto cultural en el que los humanos deben participar. Estos no solo son hechos *de* la tierra (v. 7), sino también *para* la tierra, con una tarea o vocación específica en mente.<sup>9</sup> Vislumbrando algo más allá de una sociedad primitiva de cazador-recolector, Génesis 2:15 representa el propósito humano original como cultivar (trabajar/desarrollar) y mantener (proteger/cuidar) el huerto. Génesis 2 representa así la agricultura (un huerto cultivado) como el primer proyecto comunitario cultural de la humanidad. De hecho, como el creador es quien plantó inicialmente el huerto, podría decirse que Dios inició el primer proyecto cultural, estableciendo así un patrón a seguir para los humanos –creados a imagen divina.<sup>10</sup>

Como Génesis 2, el Salmo 104 también ve la agricultura como algo que define a los humanos. Existen pocas referencias a estos en este bello Salmo de la creación (solo unos 5 versículos de 35 en total). Pero de las dos referencias principales del mismo a los humanos, una simplemente menciona el trabajo humano como una cosa positiva (v. 23), junto a la caza llevada a cabo por los leones para obtener comida (vv. 21-22). Los leones hacen lo que los define (cazar); nosotros también (trabajar). La otra referencia principal a los humanos en el Salmo 104 describe el regalo de Dios de las plantas para la humanidad, mencionado junto al de la hierba para el ganado. Pero mientras las cabezas de ganado (como organismos biológicos) simplemente comen la hierba que Dios les da, los humanos (como seres culturales) se hacen campesinos y dan lugar a productos de la tierra, convirtiendo las uvas, las aceitunas y el trigo en vino, aceite y pan, para su propio sustento y disfrute (vv. 14-15).<sup>11</sup>

Mientras el Salmo 104 y Génesis 2 se centran en la agricultura, el Salmo 8 destaca la cría de animales como la tarea humana básica en el mundo de Dios. Los humanos son coronados con dignidad real y se les concede autoridad o dominio sobre diversos ámbitos de la vida animal –la tierra,

el aire y el agua (vv. 5-8 [6-9 TM] -).<sup>12</sup> La domesticación de animales se considera aquí una tarea de gran dignidad y privilegio. De hecho, en ella el ser humano manifiesta su posición de ser “un poco menor que los ángeles” (v. 5), gobernadores soberanos de todo el cosmos.<sup>13</sup>

Génesis 1:26-28 combina todos los temas anteriores en la idea de los humanos como *imago Dei* (la “imagen de Dios”). Estos versículos retratan a los humanos como seres creados para dominar el reino animal (como Salmo 8) y someter la tierra (algo parecido a mantener el huerto en Génesis 2 o dar lugar al producto de la tierra en Salmo 104). Por medio de su hincapié en la agricultura y la cría de animales, que constituyen la base de la organización social humana, Génesis 1 vislumbra en última instancia el desarrollo de todos los aspectos de la cultura, la tecnología y la civilización. Los humanos deben conseguir este desarrollo como representantes de Dios, que es el producto de ser hechos en la “imagen” y la “ semejanza ” de Dios (Génesis 1:26-27); podemos oír aquí un eco de la referencia del Salmo 8:5 al ser humano hecho “un poco menor que los ángeles”. La tarea real de ejercer el poder para transformar el entorno terrenal en un mundo sociocultural complejo que glorifica al creador (el así llamado mandato cultural) es, por tanto, una tarea santa, un llamamiento sagrado, en el que la raza humana, como imagen de Dios sobre la tierra, manifiesta algo del propio señorío del creador sobre el cosmos.<sup>14</sup>

En el antiguo Oriente Próximo –el mundo en el que vivía el antiguo Israel y en el que se escribió el Antiguo Testamento–, cada dios importante tenía su propia imagen o estatua de culto, habitualmente levantada en un espacio interior de descanso en un templo dedicado a ese Dios.<sup>15</sup> Y las personas del mundo antiguo pensaban que podían entrar en contacto con cada dios a través de su imagen (o estatua oficial), con el acceso mediado en la práctica por sacerdotes. Aparte de estas estatuas de culto (o “ídolos”, como los llama la Biblia), en el antiguo Oriente Próximo se pensaba que el rey era la imagen principal de los dioses sobre la tierra. Tenemos referencias tanto de faraones egipcios como de reyes mesopotámicos de los cuales se dice que son la imagen o la semejanza de un Dios.<sup>16</sup> El concepto principal de esta idea es que el rey (como la estatua de culto en el templo) es el mediador oficial de la presencia y la voluntad de los dioses sobre la tierra. Como asimismo se piensa que los sacerdotes son los mediadores de los dioses, en ocasiones (no tan frecuentemente como los reyes) se hacía referencia a ellos como la imagen de un Dios. Pero la conexión entre rey y sacerdote es clara,

ya que el rey de cada nación también se consideraba el sumo sacerdote de su religión nacional. Era el mediador principal de los dioses sobre la tierra para su pueblo.<sup>17</sup>

En el antiguo Oriente Próximo, el rey también era el gobernante político de su nación. Era el legislador y el mecenas de las artes y la civilización. El rey era el principal organizador de las ciudades, se encargaba de los grandes proyectos de construcción civiles y religiosos de su nación, y supervisaba el mantenimiento del sistema de irrigación (del que dependía la agricultura) como parte de su gobierno. Los antiguos textos mesopotámicos, en particular, son muy explícitos en que el rey debía supervisar el sistema de canales de irrigación, proveyendo así agua para la agricultura, de la que dependía la sociedad. El rey era el jardinero por excelencia. Cuando él ejercía su poder real –organizando y administrando una cultura y una civilización complejas (que englobaba desde la agricultura hasta la ley y las artes) –, funcionaba como sacerdote, mediando y manifestando la presencia de los dioses sobre la tierra (véase figura 2.1.).

Aunque la Biblia recurre a este trasfondo común del antiguo Oriente Próximo, también pone patas arriba ciertos aspectos de esta imagen. Primero, no hay tantos dioses que representar en la tierra. Solo existe un único Dios verdadero y este no se representa con estatuas inmóviles, hechas por manos humanas en un templo construido por el hombre en algún lugar. El impulso monoteísta de la Biblia transforma radicalmente la antigua visión del mundo.

Pero existe otra forma en la que la Biblia transforma esta visión del mundo. No solo una persona de la élite (el rey o un sacerdote) manifiesta la presencia de Dios sobre la tierra. En su lugar, toda la raza humana –y toda persona, varón y mujer, sea cual sea su posición social– es hecha a imagen de Dios. La Biblia universaliza o democratiza radicalmente la imagen de Dios y la aplica a todos. En realidad, Israel era la única nación del antiguo Oriente Próximo que no pensaba que una monarquía fuera fundamental para la civilización. Originalmente, Israel ni siquiera tenía rey. El primero aparece en el siglo XI a.C. cuando el pueblo pide uno al profeta Samuel porque quería ser “como todas las naciones” (1 S. 8:4-5). Originalmente, la nación tenía el propósito de ser “un reino sacerdotal” o “un sacerdocio real” (Éxodo 19:6), mediando las bendiciones de Dios a todas las familias de la tierra (Génesis 12:3). Y antes de eso, toda la raza humana fue llamada a una tarea real-sacerdotal –ser la imagen de Dios en el mundo (Génesis 1:26-

27). La Biblia se interesa, por tanto, en el desarrollo cultural de la tierra a manos de los seres humanos ordinarios, como si toda la raza humana asumiera el trabajo de los reyes en el mundo antiguo.

Figura 2.1. Reyes que median el poder y la presencia divinos



Este interés en los logros culturales de las personas ordinarias es la razón por la que Génesis 4 relata la construcción de la primera ciudad (v. 17) por alguien que no es un rey. Y Génesis 4 también menciona el origen del pastoreo del ganado (v. 20), los instrumentos musicales (v. 21) y las herramientas de metal (v. 22). El llamamiento humano, tal como se representa en el Antiguo Testamento, es por tanto, evolutivo y requiere innovación, visión y organización de los recursos comunitarios para transformar el entorno terrenal. El hecho de que las prácticas y los productos culturales, como los mencionados en Génesis 4, tuviesen lugar se debe a personas que ejercen su poder cultural como la imagen de Dios para desarrollar el mundo más allá de sus comienzos primitivos, de acuerdo con el propósito del creador para la prosperidad terrenal (véase figura 2.2.).

Que la humanidad sea creada con un llamamiento terrenal o una vocación cultural indica que, aunque el mundo es “bueno en gran manera”

cuando Dios ha completado el proceso creativo, no es “perfecto” en el sentido de que no pueda hacerse mejor.<sup>18</sup> Esa es precisamente la tarea humana. Este entendimiento evolutivo del proceso creativo es bastante distinto de la visión de la historia del antiguo Oriente Medio, en la cual lo ideal era mantener, sin cambios, el orden social instituido por los dioses en el principio. Por el contrario, en la Biblia, el mundo puro que Dios hizo está abierto a la mejora por medio del ejercicio del poder cultural humano –un llamamiento concedido a los humanos en la creación.<sup>19</sup>

Figura 2.2. Humanos que median el poder y la presencia de Dios



### Mediación de la presencia de Dios en el templo cósmico

Aunque las declaraciones explícitas de que los humanos son hechos a imagen de Dios son bastante raras en el Antiguo Testamento (Génesis 1:26-27; 5:1-3; 9:6), la idea se encuentra frecuentemente presente incluso donde la terminología está ausente. Encontramos un ejemplo fascinante, que conecta el *imago Dei* con el ejercicio del poder cultural, en el libro de Proverbios. En Proverbios 3:19-20, se nos dice que Dios construyó el cosmos (el cielo

y la tierra) por medio de la sabiduría (*hokmâ*), entendimiento (*têbunâ*) y conocimiento (*da'at*). De igual forma, cuando los humanos construyen una casa, según un texto posterior en Proverbios (24:3-4), el proyecto requiere este mismo trío de cualidades.

Existe, por tanto, un claro paralelismo aquí entre la actividad creativa original de Dios y los proyectos de construcción humanos. En el Antiguo Testamento, como en el antiguo Oriente Próximo, se piensa en el propio cosmos como un edificio sabiamente edificado (véase Job 38:4-7), apto para la morada de muchas criaturas –algo ampliamente reconocido por eruditos del Antiguo Testamento y el antiguo Oriente Próximo.<sup>20</sup> Esto significa que, cuando utilizamos la sabiduría en nuestros proyectos de construcción humanos, estamos recapitulando o captando la imagen de la formación del cosmos por parte de Dios. De hecho, como la tarea cultural humana, la propia creación fue un proyecto de desarrollo ya que Dios transformó un mundo originalmente sin forma y vacío (Génesis 1:2) en un cosmos complejo a lo largo de seis días.

La relación de la sabiduría con captar la imagen de Dios es quizás la razón por la que la Sabiduría personificada se regocija en la creación de la raza humana por parte de Dios en Proverbios 8 (v. 31); este texto anuncia la contribución que los humanos pueden hacer a los propósitos de Dios para la creación por medio de su desarrollo cultural de la tierra (dado que modelan su actividad sobre la sabiduría creativa de Dios).

Este tema de la *imago Dei* también da sentido a la descripción de Bezaleel, a quien se encargó la construcción del tabernáculo en Éxodo 31 (véase el paralelismo en Éxodo 35). Como el maestro artesano que debe supervisar a los otros obreros cualificados, Bezaleel está lleno del Espíritu de Dios (el mismo que sobrevolaba el mundo sin forma en Génesis 1:2) y también del mismo trío de cualidades por medio de las cuales Dios hizo el mundo –sabiduría, entendimiento, y conocimiento– de forma que puede producir diseños artísticos empleando gemas, metales, piedra, y madera (Éxodo 31:2-5; véase también 35:30-35). Captando la imagen de o personificando la sabiduría de Dios en la creación, Bezaleel es capaz de llevar a cabo una buena artesanía en la construcción del tabernáculo.<sup>21</sup>

El paralelismo conceptual entre la creación del cosmos por Dios y la construcción del tabernáculo por Bezaleel (como macrocosmos y microcosmos) sugiere la imagen de todo el orden creado no solo como un edificio cualquiera, sino como un templo cósmico –un ámbito sagrado para

la morada y el dominio de Dios en el que todas las criaturas (humanas y no humanas) son llamadas a adorar a su creador. La imagen del mundo como un santuario o templo cósmico es realmente una idea muy común en el antiguo Oriente Próximo y asumida a lo largo del Antiguo Testamento.<sup>22</sup> Aparece en el Salmo 148, que (como vimos) insta a una diversidad de criaturas celestiales y terrenales (vv. 1-4, 7-12) a alabar a su creador (vv. 5-7, 13-14), como si todas las criaturas juntas constituyeran una hueste de adoradores en el santuario cósmico. También es la visión detrás de Isaías 66, donde YHWH proclama que el cielo es su trono y la tierra el estrado de sus pies (v. 1a). No es de extrañar que el texto pregunte por qué se iba a molestar ningún ser humano en construir una “casa” terrenal para Dios (haciendo referencia a la reconstrucción del templo de Jerusalén después del exilio), puesto que Dios ya ha creado el cosmos como su morada (vv. 1b-2). ¿Por qué iba nadie a tener que construir un espacio sagrado –un lugar para adorar a Dios– cuando todo el espacio ya es sagrado?

En el libro de Éxodo, cuando finalizó la construcción del tabernáculo (40:34-35), se nos dice que este se llenó de la gloria-presencia de Dios (lo que escritores judíos posteriores llamarían la “Shekiná”). Podríamos, por tanto, preguntarnos por qué Isaías 66 no representa igualmente toda la tierra como llena de la presencia de Dios, si realmente su propósito era ser su santuario cósmico. ¿Por qué mora Dios en el cielo, con la tierra siendo nada más que el estrado de sus pies?

Aquí debemos tener en cuenta, por supuesto, con la presencia del pecado, nuestra mala gestión culpable de nuestro llamamiento humano. Pero no es que el pecado humano haya expulsado a la presencia de Dios de la vida terrenal. Eso es demasiado simplista. Más bien, necesitamos una interpretación más desarrollada que encaje con los relatos de la creación en la Biblia. No queda claro en las Escrituras que Dios pretendiera que su presencia llenara la creación automáticamente. Génesis 1:2 nos dice que en el principio el Espíritu de Dios sobrevolaba la creación, como si Dios estuviera preparándose para insuflar su presencia en el mundo. Pero al final del relato de la creación de Génesis, Dios no ha llenado el mundo con su Espíritu o presencia, aunque no hay pecado en ese punto.

Si leemos canónicamente, esta plenitud del Espíritu se pospone hasta la narración del huerto de Génesis 2. Allí, después de haber dado forma al ser humano partiendo del polvo de la tierra, Dios insufla su aliento a esta criatura inanimada, que pasa a ser un ser vivo. Como numerosos expertos

bíblicos han destacado recientemente, Génesis 2 tiene muchas marcas del ritual mesopotámico conocido como el *mis pi* (el lavado de la boca) o *pit pi* (la apertura de la boca), un ritual conocido a partir de diversas tablas asirias y babilónicas, que tenía lugar habitualmente en un bosquecillo sagrado al lado de un río (un tema repetido en la narración del huerto en Génesis 2).<sup>23</sup> El propósito del ritual era vivificar la estatua de culto recién tallada para que pudiera pasar a ser una entidad viva, impregnada con el espíritu y la presencia de la deidad de la que era imagen. De esta forma, la imagen se “transubstanciaba”; esto es, se transformaba de un objeto inerte a una manifestación viva, que respiraba, de la deidad sobre la tierra.<sup>24</sup>

Cuando Génesis 1 y 2 se leen juntos frente al trasfondo de las nociones del antiguo Oriente Próximo, queda claro que existe una profunda armonía entre ambos (a pesar de sus diferencias genuinas). En los dos textos, la humanidad se entiende como la estatua de culto autorizada en el templo cósmico, la ubicación decisiva de la presencia divina sobre la tierra, la viva imagen de Dios en el santuario cósmico. Del mismo modo que la estatua o la imagen de culto en un antiguo templo de Oriente Próximo tenía como propósito mediar la presencia de Dios para los adoradores, los humanos son los mediadores designados por Dios de la presencia del creador desde el cielo (donde YHWH está en el trono) hasta la tierra. Pero mientras las imágenes de culto de los dioses son imágenes falsas e impotentes para hacer nada (Salmo 115:4-8), los humanos son imágenes poderosas y vivas del único Dios verdadero, llamadas a manifestar la presencia de este por medio de su desarrollo cultural activo de la tierra. Por nuestro ejercicio obediente de poder, la humanidad como *imago Dei* funciona como un prisma, refractando la luz pura de Dios en un arco iris de actividades culturales que centellean con la gloria del creador por toda la tierra.<sup>25</sup> Por medio de nuestra fiel representación de Dios, que está en el trono en los cielos, extendemos la presencia del rey divino de la creación incluso hasta la tierra, con el fin de preparar a esta para la presencia plena –escatológica– de Dios, el día en que Él llenará todas las cosas. Después (cuando Dios more plenamente en el reino terrenal), el templo cósmico de la creación habrá llegado a su pretendido destino.

## **Dios como el modelo para el poder terrenal**

Sin embargo, para que se cumpla el destino de la creación no servirá simplemente cualquier ejercicio de poder cultural. Los lectores contem-



poráneos de Génesis tienen razón al preocuparse por qué podría significar el “dominio” o “sometimiento” humano ilimitado de la tierra. Pero la naturaleza indefinida del proceso histórico no significa que los humanos no tengan dirección para su ejercicio del poder cultural en el mundo. De hecho, nuestro modelo primario es, por encima de todo, el propio ejercicio de poder creador de Dios.

Si vamos específicamente a Génesis 1, el relato de la creación que forma el contexto inmediato para la *imago Dei*, encontramos una clarificación de lo que podría implicar un uso de poder normativo. Ante todo, queda claro en Génesis 1 que Dios crea sin vencer a ninguna fuerza del caos primordial. Esto ofrece un marcado contraste con el mito de la creación babilónico conocido como *Enuma Elish*, uno de los más prominentes y populares en la antigua Mesopotamia durante la época bíblica.<sup>26</sup> En la versión original babilónica de este mito, el Dios Marduk (el dios Ashur en la versión asiria) crea el universo conquistando a Tiamat, que es tanto un monstruo como el océano primordial (que representan a las fuerzas del caos). El cosmos (como una esfera de orden y justicia) se crea a partir del cadáver de esta bestia derrotada.<sup>27</sup> En las épocas babilónica y asiria, este relato de creación mediante combate (que los expertos llaman el *Chaoskampf* o batalla con el caos) servía para justificar al rey, que era la imagen y el representante de los dioses en la tierra, en su conquista imperial y el sometimiento de otras naciones y pueblos. En esta conquista, el rey funciona como la imagen de Marduk en la tierra, derribando a las personificaciones históricas del monstruo del caos, haciendo por tanto del mundo (Babilonia) un lugar ordenado y seguro.<sup>28</sup>

Pero Génesis 1 disiente de esta manera de entender la creación porque consagraría la violencia como original y normativa.<sup>29</sup> En su lugar, el Dios de Génesis 1 desarrolla con paciencia e ingenio la masa de agua sin forma inicial (v. 2) en un mundo complejo, bien construido, apacible. Dios no solo juzga que cada etapa de este proceso creativo es “buena” (vv. 4, 10, 12, 18, 21, 25), también declara que todo el orden creado es “bueno en gran manera” (v. 31). Con estas declaraciones esparcidas a lo largo de Génesis 1, el creador no afirma únicamente su evidente placer en el mundo que está haciendo, sino también la validez y lo bueno de la propia existencia de las criaturas. Así pues, el uso humano del poder, si debe ser verdaderamente una imagen del Dios bíblico, no será violento y fomentará el desarrollo, reforzando y celebrando lo bueno de la creación. El poder es para la bendición de los demás.

La preocupación de Dios por la creación en Génesis 1 es evidente también en la forma en que el texto disiente de la práctica religiosa de Oriente Próximo, en la que los sacrificios se entendían como una provisión de alimentos para los dioses y se creían necesarios para garantizar la fertilidad de cultivos y rebaños sobre la tierra. En contraste con esto, el Dios de Génesis bendice gratuitamente a animales y humanos con fertilidad perpetua (1:22, 28) y les concede alimentos para su sustento (1:29-30). De forma incluso más explícita (y con más detalle) que Génesis 1, el Salmo 104 describe el generoso cuidado de Dios por las criaturas, especialmente la provisión de alimentos y agua para plantas, animales y humanos (vv. 10-30; véase también el resumen en Salmo 147:7-9). El generoso ejercicio de poder de Dios para el beneficio de las criaturas provee así un modelo para el ejercicio humano del poder en el mundo.

Lo más significativo de todo quizás sea que el Dios bíblico no acapara poder como gobernador soberano del cosmos; en su lugar, asigna alegremente a la humanidad una participación en el gobierno de la tierra como sus representantes (Génesis 1:26-28). Dios no microgestiona el mundo, sino que espera totalmente que los seres humanos, hechos a imagen divina, contribuyan a la belleza y la complejidad desarrolladas en la vida terrenal. Vemos una evidencia de este reparto de poder en su implicación de alguna forma limitada en la tarea de poner nombres en Génesis 1. El creador nombra al día y la noche, así como el cielo, la tierra, y los mares, en los tres primeros días de la creación (vv. 5, 8, 10), ya no lo hace entre el cuarto día y el sexto, dejando este privilegio real en manos de los humanos, hechos a imagen divina. Y en Génesis 2, el primer ser humano pone nombres a los animales (vv. 19-20), un acto que combina discernimiento con poder, pero sigue dejando inmensos campos de la creación para que las futuras generaciones sigan nombrando (quizás nuestras complejas taxonomías podrían considerarse bajo esta luz).<sup>30</sup>

Esta manera de compartir el poder es radicalmente diferente de la visión del mundo del antiguo Oriente Próximo, en la que alguna persona de la élite (habitualmente el rey) se consideraba como la imagen de Dios. De hecho, todo el orden social en el mundo antiguo se basaba en la concentración de poder en las manos de unos pocos que controlaban el acceso a las bendiciones de los dioses, reduciendo así a la mayoría de la población a un estatus social inferior, dependiente.<sup>31</sup> La representación humana del poder de Dios sobre la tierra deberá tener en cuenta, por tanto, el hecho de que en

el relato bíblico no se concede a ningún ser humano dominio sobre otro en la creación; todos participan igualmente en la imagen de Dios. El proceso de desarrollo cultural tiene el propósito de fluir de una participación cooperativa en el dominio, modelada sobre la propia forma de compartir el poder de Dios con los seres humanos.

El relato de la creación de Génesis presenta una base normativa para criticar la injusticia entre los humanos o el mal uso del poder sobre los demás, en casos individuales o en formaciones sociales sistémicas. Específicamente, como tanto el hombre como la mujer son hechos a imagen de Dios con un mandato conjunto de gobernar (Génesis 1:27-28), este hecho cuestiona las desigualdades de poder entre hombre y mujer que han surgido en los sistemas sociales patriarcales y diversas formas de sexismo a lo largo de la historia. Y como la *imago Dei* es anterior a cualquier división étnica, racial o nacional (véase Génesis 10), esto provee una alternativa al etnocentrismo, el racismo o cualquier forma de superioridad nacional; detrás de la diversidad legítima de las culturas que se han desarrollado en el mundo, las personas constituyen una familia humana.

El propósito de Dios desde el principio es, por tanto, un mundo cooperativo de paz, generosidad y bendición, evidente más fundamentalmente en su propio modo de ejercer el poder en la creación. En el Nuevo Testamento, Jesús basa incluso el amor por los enemigos en la *imago Dei*, indicando que esta clase de generosidad radical hacia los demás refleja el amor “perfecto” del creador hacia todas las personas, mostrado en el hecho de que él hace que el sol y la lluvia beneficien tanto a los justos como a los impíos (Mateo 5:43-48; cp. Lucas 6:27-35). Al final, nada más que el propio ejercicio de actividad creativa de Dios debería funcionar como paradigma o modelo ético para nuestro desarrollo de la cultura, con el consiguiente cuidado de la tierra y la acción justa y amorosa entre humanos. Por medio de nuestro sabio ejercicio del poder cultural funcionamos realmente como *imago Dei*, mediando la presencia del creador en el abanico completo de actividades terrenales, cumpliendo así la secuencia narrativa inicial de la historia bíblica.

## **El problema de la violencia humana**

No obstante, en el relato bíblico la incursión del pecado pone trágicamente en peligro el llamamiento humano a ser imagen de Dios. En Génesis 3, este pecado se representa inicialmente como una transgresión o violación de un límite prescrito por Dios (el árbol del conocimiento del bien y del mal),

arraigado en una falta de confianza en la palabra del creador; esta primera transgresión cara a cara con Dios tiene consecuencias significativas en la transgresión (violencia) *interhumana* de los límites en el resto de la primera etapa de la historia (Génesis 1-11).<sup>32</sup>

Según Génesis, cuando los humanos se rebelan contra los límites establecidos por Dios transgrediendo la única prohibición impuesta por este en el huerto (2:17; 3:6), la consecuencia fue “maldiciones” sobre la serpiente y la tierra (3:14, 17; 5:29). Estas maldiciones entran en conflicto con las “bendiciones” primordiales que Dios concedió a las criaturas en la creación (1:22, 28; 2:3). Como consecuencia de la transgresión inicial, Dios exilia a los humanos del huerto e impide su acceso al árbol de la vida (3:23-24). Otras consecuencias más específicas son que el trabajo se vuelve ahora una tarea ardua (3:17-19) y que el parto producirá un dolor excesivo desde ese momento (3:16a).<sup>33</sup> También encontramos el origen del poder del varón sobre la mujer (3:16b), algo que no formaba parte del propósito original de Dios (ni en Génesis 1 ni en Génesis 2). Como consecuencia del pecado humano, la muerte ha empezado a invadir y destruir los designios de Dios para el florecimiento de la vida terrenal.<sup>34</sup>

Es fundamental reconocer que los humanos no dejan de ser criaturas culturales por su pecado. En Génesis 4, encontramos ejemplos de innovación cultural positiva entrelazados con novedades en el mal uso del poder, que obstaculizan los propósitos de Dios para el florecimiento de la vida en la tierra y evitan que la presencia de Dios impregne totalmente la creación.<sup>35</sup> Además de la primera ciudad (v. 17) y los primeros ejemplos de pastoreo de ganado, instrumentos musicales y herramientas metálicas (vv. 20-22), también encontramos el primer asesinato (v. 8), que lleva explícitamente a una mayor “maldición”, esta vez sobre el ser humano (v. 11). La violencia del hombre escala después en Génesis 4 con el relato de Lamec. Este no solo es el primer bígamo (v. 19) –esto es, inicia esta forma particular de violencia contra la mujer–, sino que también se ve implicado en el primer asesinato por venganza (de un joven que lo hirió) y alardea de ello ante sus dos esposas (vv. 23-24).

No obstante, Génesis muestra que la incursión del pecado en la buena creación de Dios no destruye la *imago Dei*. La creación por parte de Dios del varón y la mujer a su “semejanza” se reitera (5:1-2), y esta imagen/semejanza se transmite a generaciones futuras (5:3). Sin embargo, la violencia humana (que es fundamentalmente el mal uso del poder de la

*imago Dei*) se descontrola en Génesis 6. De acuerdo con la bendición de la fertilidad por Dios en 1:28, los seres humanos se multiplican realmente y llenan la tierra (véase la genealogía en 5:3-32), pero acaban llenándola también de violencia o derramamiento de sangre (6:11, 13) en lugar de contribuir a la prosperidad del mundo de Dios o extender la presencia divina sobre la tierra. Según Génesis 6, la violencia humana corrompe o destruye la tierra (vv. 5, 11-12) de tal forma que Dios se entristece (v. 6) y acomete una operación de restauración por medio de un gran diluvio, cuyo propósito es purificar la tierra de su contaminación.<sup>36</sup> A pesar de la inmensa destrucción que implicaba el diluvio, Dios preserva a Noé, su familia y un remanente de vida animal para permitir un nuevo comienzo (8:18-19), y Dios formaliza un pacto con la tierra (9:13) y todas las cosas vivientes (9:11-12, 15-17), comprometiéndose a sustentar la regularidad de las estaciones así como el ciclo temporal del día y la noche (8:22), sin el cual la vida terrenal no puede florecer.

Después, el diluvio reafirma la bendición de la fertilidad sobre la raza humana y el mandato de llenar la tierra (9:1, 7), e incluso la creación de los seres humanos como *imago Dei* (9:6). Sin embargo, el corazón humano no ha cambiado de forma fundamental (8:21; cp. 6:5). Además, la reafirmación de la imagen se emplea ahora explícitamente como base para la santidad de la vida humana porque el asesinato sigue siendo una posibilidad real (9:6). De hecho, la corrupción impregna pronto de nuevo la vida humana. Vemos a Noé plantando la primera viña (9:20), pero este logro notable está entrelazado con su consiguiente embriaguez (9:21), seguida por una ruptura de las relaciones padre-hijo, incluyendo su “maldición” sobre las generaciones posteriores (9:22-27).

La historia primitiva (Génesis 1-11) culmina con el relato del proyecto de construcción de Babel (11:1-9). Es importante destacar que este relato viene después de la diversificación y diseminación de la raza humana por toda la tierra (10:5, 18, 32), incluyendo el desarrollo de múltiples culturas y lenguas (10:5, 20, 31), algo que ha estado teniendo lugar como respuesta al mandato cultural de Génesis 1:26-28. Babel representa así un intento humano regresivo de garantizar la seguridad asentándose en un lugar y construyendo un imperio monolítico, con una única lengua, resistiéndose así al propósito original de Dios para la humanidad. El proyecto de Babel termina con Dios confundiendo la lengua única de los constructores y

## *Un cielo nuevo y una tierra nueva*

dispersando a las personas por la tierra, difundiendo así el poder humano y comenzando de nuevo el proyecto cultural humano diversificado.<sup>37</sup>

Sin embargo, del mismo modo que el diluvio no cambió nada fundamental en la vida humana, la dispersión de Babel no puede considerarse como nada más que un respiro temporal. Tampoco constituye una solución permanente para el problema de la violencia humana. El resto de las Escrituras, la historia del mundo, y nuestra experiencia dan testimonio del hecho de que el corazón humano sigue siendo corrupto; aún no nos hemos curado de nuestra violencia. De hecho, vivimos en un mundo que la glorifica y que convierte en un ideal la conquista y la supremacía militar. Mientras Dios quiere que la nube de su gloria-presencia llene y cubra la tierra (como hizo con el tabernáculo), nosotros, con nuestro violento mal uso del poder que se nos ha confiado, hemos cubierto la tierra con una nube de contaminación, tanto física como moral, cerrándola a la presencia plena de Dios.<sup>38</sup>

La secuencia narrativa inicial de las Escrituras espera que la humanidad trabaje unida, ejerciendo el poder ante su entorno terrenal, con el fin de transformar el estado inicialmente primitivo de la tierra en ricas culturas que dan gloria a Dios. Pero los humanos se rebelan contra él y usan cada vez más su poder unos contra otros, dando lugar al mundo de violencia, brutalidad y abusos que conocemos demasiado bien –de hecho, originando nuestra sujeción de la tierra a la corrupción o la futilidad. En las Escrituras, la pregunta narrativa que surge en este punto es la siguiente: ¿Qué hará Dios seguidamente para ocuparse de este impedimento fundamental a su propósito creacional?